

DERECHAMENTE A LAS COSAS

El mismo Bejarano Galavis, en el prólogo de su libro, nos expone su **teoría del estilo**. Sus manifestaciones son terminantes. «La **claridad** —dice nuestro autor— es la primera calidad del estilo. No hablamos sino para darnos a entender. El estilo es claro si lleva al instante al oyente [sic] a las cosas, sin detenerle en las palabras». Retengamos esa máxima fundamental: *Derechamente a las cosas*. Sin que las palabras nos detengan, nos embaracen [sic], nos dificulten el camino, lleguemos al instante a las cosas. No se podrá encontrar expresión más feliz y exacta. Insistamos sobre el tema: «Si el estilo explica fielmente y con propiedad lo que se siente, es bueno». Lo difícil, lo supremo es explicar de ese modo lo que se siente. Siempre el que no sea artista, el que no sea gran estilista, el que no domine la técnica, propenderá fatalmente a **revestir** sus sentimientos y sus ideas de **accesorios y faramallas** enfadosas. No se comprenderá nunca que lo sencillo es lo artístico. No se comprenderá nunca que un estilo por sencillo no es desestimable. «La cualidad de simple en punto de estilo no es término de desprecio, sino de arte». ¿Por qué los autores primitivos tienen para nosotros —hombres separados de ellos por tantos siglos— un profundo encanto? Preferimos en literatura castellana los autores del siglo XVI a los del siglo XVII. Preferimos entre las obras de un gran autor las obras de su madurez a las de su mocedad... Acabamos de escribir estas líneas y nos detenemos un momento para reflexionar. ¿Será verdad esto que acabamos de decir? Las obras de la juventud son fuego y oro; las de la madurez, sobriedad y plata. Con los ojos del espíritu vemos en este instante los cuadros postreros del Tiziano. Pensamos también en la primera y en la segunda parte del *Quijote*. Y recordamos la profunda impresión de una relectura del *Persiles y Segismunda*, ya doblada la vida. Todo tiene su encanto; pero quizá sea el mayor de todos, el más delicado de todos, este tono gris, esta sobriedad, esta melancolía indefinible, suave, de las grandes obras crepusculares.

Volvamos a la fórmula de Galavis: «La cualidad de simple en punto de estilo no es término de desprecio, sino de arte». Y añade el autor: «El estilo simple no tiene menos delicadeza ni menos exactitud que los demás». «De todos los defectos del estilo, el más ridículo es el que se llama hinchazón».

AZORÍN

Artículo publicado en *Un pueblecito. Riofrío de Ávila*
Madrid, Espasa Calpe (Colección Austral, n.º 611, 2ª ed), 1957, pp. 43-45.